LA ÍNSULA BARATARIA

COMEDIA EN DOS ACTOS

BASADA EN UNO DE LOS EPISODIOS DE LA INMORTAL
OBRA DE CERVANTES

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

arreglado á la escena

POR

UN CERVANTÓFILO



ALMERÍA.

IMP. DE RAMÓN ESPINOSA.

1905.

LA INSULA BARATARIA

COMEDIA EN DOS ACTOS

BASADA EN UNO DE LOS EPISODIOS DE LA INMORTAL

OBRA DE CERVANTES

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

arreglado á la escena

POR

UN CERVANTÓFILO



ALMERÍA.

Imp de Ramón Espinosa.

1905.

ÉPOCA DE LA ACCIÓN: SIGLO XVI.

PERSONAJES

Don Quijote de la Mancha.
Sancho Panza.
Duque.
Duquesa.
El Doctor Pedro Recio (Lamparilla)
Mayordomo (Anselmo)
Maestresala (Uñas-largas)
Secretario (Roque)
Capitan (Rodín)
Cronista (Tostón)
Paje (Alejo)

Soldados, pajes y gente del pueblo

ACTO PRIMERO.

Lugar de la escena: Castillo señorial, en Aragón.

Galeria del castillo.—Muebles de la época. Al centro, columnas; al fondo, telón de paisaje; puertas laterales.



ESCENA PRIMERA

DUQUE y DUQUESA, sentados; después, PAJE.

DUQUESA. En verdad, señor, que tanto el amo como el criado son dos entes bien originales: de don Quijote no se sabría decir si es cuerdo ó loco, y en cuanto á Sancho, así podría tomársele por hombre de entendimiento romo como de agudo ingenio.

DUQUE. Las apariencias engañan; y andando el tiempo, aquel que parecía sabio resulta necio, y el necio, sabio.

DUQUESA. Y Sancho, que como buen rústico, es malicioso y desconfiado, en esta farsa de hacerle gobernador, tomó el asunto en serio.

DUQUE. La mentira, si nos halaga, cuesta menos creerla que la verdad si duele.

DUQUESA. Ahora, señor, para que la comedia resulte perfecta, lo tendréis todo dispuesto.

DUQUE. Vuestros deseos, señora, son mandatos para mí; y conforme á ellos, ya dispuse hace ocho dias, que Anselmo el mayordomo marchase al lugar de Barataria, con objeto de preparar lo concerniente á nuestro proyecto.

DUQUESA. El lugar de Barataria está no más de cuatro leguas distante de este castillo, y aún no ha vuelto Anselmo.

DUQUE. Pensad que Anselmo habrá teni do que aleccionar á aquella gente, toscos labriegos que son, cómo habrán de conducirse con el extraño gobernador que les enviamos.

(Aparece un paje en la puerta lateral izquierda y hace una reverencia.)

DUQUE. ¿Qué ocurre, Alejo?

PAJE. El señor Anselmo el mayordomo espera las órdenes de vuesa señoría.

DUQUESA. ¿Anselmo?

DUQUE. Espera ahí fuera (AL PAJE) Hazle entrar.

(El paje hace una reverencia y vase.)

DUQUESA. ¿Cómo se portará el bellaco de Sancho en el gobierno de su ínsula?

De desear sería atisbar algo de las graciosas escenas que allí ocurran, siquier fuera por una rendija.

DUQUE. No siempre los hombres pulidos y letrados resultan buenos gobernantes, ¿y quién sabe si Sancho, que aunque rudo tiene ingenio, no vendrá á ser en su ínsula un gran gobernador.... Mas aquí está Anselmo.

(Aparece Anselmo en la puerta lateral izquierda, y hace una reverencia.

ESCENA SEGUNDA

DUQUE, DUQUESA MAYORDOMO (ANSELMO).

DUQUE. Pase adelante el buen Anselmo. ¿Cómo fué en el viaje?

MAYORD. (ADELANTANDOSE) Dios guarde á vuesas grandezas. El viaje fué feliz, señor duque.

DUQUE. ¿No ocurre novedad en Barataria?

MAYORD. Nada que de mentar sea.

DUQUESA. Y á vuestras gentes del lugar ¿diste las instrucciones de cómo habrán de tratar á su gobernador?

MAYORD. En cumplir esa comisión invertí los ocho dias que por allá estuve, señora duquesa.

DUQUE. A ver, cuenta.

MAYORD. Conforme á las órdenes de mi señor el duque, no bien llegué al lugar, dispuse que se limpiasen y pintasen las habitaciones del castillo....

DUQUESA. Y los papeles de la comedia, ¿cómo los distribuiste?

MAYORD. Al administrador de alcabalas, á quién por allá conocen con el sobrenombre de «Uñas largas», le he conferido el cargo de maestresala y repostero del nuevo gobernador de la ínsula; al fiel de fechos, de quién se dice sabe imitar á la perfección toda clase de firmas, lo hice secretario, y al sacristán, después de examinarlo en un santiamén, le he expedido el título de doctor en medicina.

DUQUESA. Pero, Anselmo ¡hacer de un sacristán un doctor!

MAYORD. Un doctor debe saber latín, y en la ínsula aparte del señor cura, no halle más que al sacristán que conociera esa lengua.

DUQUE. Y dice bien Anselmo: un doctor debe ante todo saber latín, porque el «quid» está en que nadie le entienda.

DUQUESA. (AL MAYORDOMO) ¿Y qué?

MAYORD. A Rodín, el criado de vuesas se-

ñorias, le he amaestrado en el manejo de las armas, pues hará de capitán de la guardia del gobernador, y el albéitar del lugar, Tostón, será el cronista que dé á conocer á las futuras generaciones las proezas del invicto Sancho Panza.

DUQUESA. ¡Muy bien trazado!

DUQUE. Mas creo que Tostón no posee instrucción alguna; y siendo así ¿cómo podrá escribir esas proezas que ha de llevar á término el gobernador de la ínsula Barataria?

MAYORD. En esto me he atenido al dicho de cierto señor licenciado, tan sabio como prudente, el cual afirmaba que en estos tiempos, para escribir crónicas y comedias, no se necesita saber gramática.

DUQUE. Estaba en lo cierto el señor licenciado.

DUQUESA. ¡Será cosa de ver á Sancho rodeado de su séquito!

DUQUE. (A LA DUQUESA) ¿No os parece, señora, que enviemos á decirle á Sancho que aquí le esperan ya parte de sus súbditos?

DUQUESA. Como gusteis, señor.

MAYORD. Y entre tanto, yo, si vuesas grandezas no disponen otra cosa...

DUQ. DUQ. Ve con Dios, Anselmo.

MAYORD. Él quede con mis señores.

(Haciendo una reverencia y marchándose por la izquierda.)

DUQUESA. Todo está bien ordenado. ¿Qué pensará de ello el buen escudero?

DUQUE. (ESCUCHANDO) Oigo pasos... Son ellos don Quijote y Sancho.

(Aparecen por el foro don Quijote y Sancho.)

ESCENA TERCERA

DON QUIJOTE, SANCHO, DUQUE Y DUQUESA.

DUQUE. (PONIENDOSE EN PIE) Pase adelante el sin par «Caballero de los Leones» honra y prez de la andante caballería.

DUQUESA. Y el grande y magnánimo gobernador de la ínsula Barataria.

(Adelantánse don Quijote y Sancho que hacen una reverencia y besan la mano á la duquesa.)

DUQUE. Habéis de saber, Sancho, que acaban de llegar emisarios de la ínsula Barataria, interesando de su nuevo gobernador marche al instante á posesionarse de aquel gobierno, pues grandes y graves asuntos reclaman allí su presencia.

D. QUIJOTE (A SANCHO) Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes que á mi te haya salido á recibir la buena ventura. Gobernador eres.

DUQUESA. Y de una muy rica y dilatada ínsula.

SANCHO. De agradecer es la merced á mi señor el duque y á mi señora la duquesa; aunque, la verdad, yo más quisiera que vuesas señorías fuesen servidos en darme una tantica parte del cielo, aún cuando fuese no más de media legua, que siempre será de mayor duración que un gobierno en la tierra, expuesto á mil contratiempos y mudanzas.

DUQUE. Mirad, amigo Sancho, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña, que á sólo Dios están reservadas estas mercedes y gracias; lo que puedo os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobre manera fértil y abundante.

SANCHO. Pues á la buena de Dios; venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo.

D. QUIJOTE (AL DUQUE) Señor, de desear seria fuese servido vuesa señoría en darme permiso para aconsejar á Sancho lo que debe hacer referente al buen gobierno de su ínsula; porque es el pobre tan escaso de mollera que temo no vaya á hacer una barrabasada.

DUQUESA. (AL DUQUE) Alejémonos, señor, y así don Quijote podrá con más libertad hablar á Sancho.

DUQUE. (A D. QUIJOTE Y A SANCHO) Queden vuesas mercedes aquí, en tanto que la duquesa y yo nos llegamos á nuestros aposentos.

(Vanse el duque y la duquesa por la derecha,)

ESCENA CUARTA

DON QUIJOTE Y SANCHO

D. QUIJOTE (SENTÁNDOSE Y HACIENDO SENTARSE Á SANCHO). Atiende bien, Sancho, lo que voy á decirte, que en provecho de tu alma y de tu cuerpo se encamina.

SANCHO. Ya escucho, mi señor don Quijote

D. QUIJOTE Primeramente ¡oh hijo! has de temer á Dios, que en esto está la sabiduria.

Después debes poner los ojos en quien eres, para no hincharte, recordando que en un tiempo estuviste guardando puercos en tu tierra.

SANCHO. Eso fué cuando muchacho, que después, ya mozo, gansos fueron los que guardé que no puercos; pero paréceme que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes, ni mucho menos.

D. QUIJOTE. Así es verdad. Mira: si trajeses á tu mujer contigo, enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder una mujer rústica y tonta.

SANCHO. Ahí encuentro yo el mal, porque Teresa, mi mujer, es de la casta de los Panzas, que todos tienen la cabeza dura como piedra berroqueña, y no habrá fuerza humana que le meta en el magín las palabras atildadas y menos las maneras corteses; «y lo que no tiene cimiento, al aire queda.»

D. QUIJOTE Anda, que con tiempo y paciencia á todo se llega. Si acaso enviudases, cosa que puede ser...

SANCHO. Para que mi pobre Teresa pasara por el mal trance de la viudez, preferiría ser el viudo yo.

D.QUIJOTE Pues si esto ocurre, no tomes mujer tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, amén de otras cosas peores y que me callo.

SANCHO. Eso no ¡voto á tal! ¡Pues bueno es el hijo de mi padre para que vengan á jugar con él!

D. QUIJOTE Sea la justicia tu guía, pero no extremada; pues si los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece, á nuestro modo de ver, el de la misericordia que el de la justicia.

SANCHO. Eso mismo decía el cura de mi lugar en un sermón, que es más grande el que perdona que el que castiga.

D.QUIJOTE No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanía; córtate á menudo las uñas, y ten cuenta de no mascar á dos carrillos ni de eructar delante de nadie.

SANCHO. Eso de eructar no entiendo.

D.QUIJOTE Eructar, Sancho, quiere decir regoldar, y éste es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, y así conviene decir eructar.

SANCHO. En verdad, señor don Quijote, que haré por no regoldar, que lo suelo hacer á menudo.

D. QUIJOTE Eructar, Sancho, querrás decir.

SANCHO. Bién: eructar. Pero ¿no sería mejor que todos estos consejos me los diera escritos su merced en un papel, pues ya he dicho que tengo mala memoria? Aunque no sé leer ni escribir, yo daré la cédula á mi confesor, para que me los encaje cuando sea menester.

ESCENA QUINTA

DON QUIJOTE, SANCHO, PAJE.

PAJE. *(Apareciendo en la puerta lateral derecha y haciendo una reverencia.)*

¿El señor Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria?

SANCHO. (AL PAJE) Sancho soy, y Panza por añadidura, y aunque en lo de gobernador no estoy muy seguro, decid lo que deseais.

PAJE. Dos señores que están ahí fuera, desean hablarle á vuesa señoría.

SANCHO. (Á DON QUIJOTE) Sin duda son el bachiller Sansón Carrasco, y mi compadre Tomé, que se habrán enterado allá en el lugar de lo del gobierno y vienen á darme las albricias.

D. QUIJOTE Eso es imposible, Sancho, pues

el lugar está á cuatro jornadas de aquí, y no habría tiempo para que llegara allá la noticia.

SANCHO. Pues vea su merced; más imposible parece que algunos lleguen á regidores, y á regidores llegan y hasta á gobernadores, y no lo digo por mí

D. QUIJOTE. Mas despacha á ese mancebo.

SANCHO. (AL PAJE) Id y decidles á esos caballeros que aquí les espera Sancho Panza.

(El paje hace una reverencia y vase.)

D. QUIJOTE. Cada vez me maravillo más, amigo Sancho, de lo que por tí pasa. Otros cohechan, importunan, solicitan, trabajan, porfían, y no alcanzan nada, y tú, que no eres más que un zote, sin saber cómo ni por qué, cátate hecho de golpe y porrazo todo un gran personaje; aunque para mí estoy que en esto deben de andar esos malignos encantadores que todo lo truecan y revuelven á mi alrededor.

(Por la derecha aparecen el mayordomo y el capitán).

ESCENA SEXTA

DON QUIJOTE, SANCHO, MAYORDOMO Y CAPITÁN

SANCHO. No son el señor bachiller ni mi compadre.

D. QUIJOTE Adelante, señores mios.

(El mayordomo y el capitán dan algunos pasos, Don Quijote saluda y se retira por el foro.)

SANCHO. Veamos en qué puedo servir á vuesas señorías.

MAYORD. Venimos en busca del señor Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria.

SANCHO. Sancho Panza soy yo.

MA. Y CA. (HINCANDO UNA RODILLA EN TIERRA). ¡Señor!

SANCHO. Levántense vuesas mercedes.

MAYORD. (LEVANTÁNDOSE, LO MISMO QUE EL CAPITÁN). Con permiso de vuesa grandeza.

SANCHO. Ahora díganme vuesas mercedes qué es lo que quieren de este Sancho Panza presente y gobernador futuro.

MAYORD. Yo, señor gobernador, me llamo Anselmo, y soy el mayordomo de vuestra casa de Barataria, y éste que conmigo viene es el capitán de los soldados de la guardia de vuesa señoría.

CAPITAN. Rodín, criado de vuesa grandeza.

SANCHO. ¡Hola! ¿Con que son vuesas mercedes de Barataria?

CAPITÁN. Vecinos y naturales de la ínsula.

SANCHO. Vaya, vaya ¿Y que les trae por acá?

MAYORD. Venimos por encargo de aquellos vecinos á rogarle á vuesa señoría marche cuanto antes á empuñar las riendas del gobierno, en donde ya tanto se le echa de menos.

SANCHO. ¿Y no podría demorarse el viaje un par de días? Y digo esto porque conviene recapacite yo antes lo que he de hacer y tome consejo de aquellos que entiendan de esto de gobernar que se me figura ha de ser oficio peliagudo.

MAYORD. No se preocupe vuesa señoría de eso, que en siendo gobernador no le faltarán consejeros, antes bién le saldrán tantos que mejor que alivio resultarán carga pesada.

SANCHO. Pues pelillos á la mar, y salga lo que saliere, y luego que «al que madruga, Dios le ayuda». Y esperen vuesas mercedes aquí un corto espacio, mientras yo voy á despedirme de mis señores los duques y de paso me traigo el rucio.

CAPITÁN. ¿Qué dice vuesa señoría? ¡Mon-

tar un señor gobernador en burro! Eso no será, que un buen trotón le traemos.

SANCHO. Señores, cada cual con su pareja: mi borrico y yo nos conocemos hace mucho tiempo, y siempre nos hemos llevado bién, así no le cambiaría yo, no con un trotón, sinó con el mismo caballo Pegaso.

MAYORD. Sea, pués, ya que así lo quiere vuesa señoría, mas conviene sea presto, que el viaje urge.

SANCHO. Estoy aquí al momento.

ESCENA SEPTIMA

MAYORDOMO CAPITÁN, DESPUÉS, DUQUE.

CAPITÁN. ¡Cuán en lo cierto estuvo aquel que dijo que mucho verá el que mucho viviere! Porque ¿quién hasta ahora podría decir que de tal porro, como lo es ese Sancho, había de salir un gobernador?

MAYORD. Mas advierte Rodín, que este tal gobernador lo es de comedia, que dura lo que ésta, una noche.

CAPITÁN. Y hánme dicho que el amo, don

Quijote, en lo de loco y mentecato no le va en zaga al criado

MAYORD. No, que antes le aventaja un tanto.

DUQUE. (APARECIENDO POR LA DERECHA) ¿Y Sancho?

MAYORD. Fué, señor á despedirse de la señora duquesa y de paso á por el rucio.

DUQUE. ¿Cómo, un rucio? ¿Acaso en el castillo no hay cabalgadura más digna de un señor gobernador?

CAPITÁN. Fué deseo suyo, señor duque.

DUQUE. (AL CAPITÁN) Ya Anselmo te habrá instruido cómo deberás conducirte con el gobernador de la ínsula Barataria.

CAPITÁN. Ya aprendí la lección.

ESCENA OCTAVA

DUQUE, DUQUESA, MAYORDOMO Y CAPITÁN

DUQUESA (*Entrando por la puerta lateral derecha, seguida de D. Quijote,* ¿Y Sancho?

DUQUE. En busca de su pollino.

D. QUIJOTE Está visto: Sancho y su burro han connaturalizado de tal suerte que los dos no forman más que uno.

DUQUESA. (ASOMÁNDOSE Á LA PUERTA DEL FORO.) Hacia acá vienen los dos, amo y jumento.

ESCENA NOVENA

DUQUE, DUQUESA, DON QUIJOTE, SANCHO, MAYORDOMO, CAPITÁN.

SANCHO. (Á LA DUQUESA) A vuesa grandeza fuí á buscar.

DUQUESA. Ya sé que nos abandonais, amigo Sancho, y marchais á la ínsula; más ¿porqué esa premura?

SANCHO. *(Señalando al mayordomo y al capitán.)* Estos señores dicen que hago yo allá mucha falta.

MAYORD. Así es, señora duquesa, y nuestro viaje no ha tenido otro objeto que el de llevarnos al señor gobernador en volandas

SANCHO. Vamos, pues, y que no se diga nunca que por mi causa se perdió la ínsula (Á LOS DUQUES) Y ahora queden vuesas grandezas con Dios.

DUQUE. Que ÉL os guíe.

DUQUESA. Y os proteja.

D. QUIJOTE (Á LOS DUQUES) Yo, señores mios, tengo que hablarle dos palabras á Sancho.

DUQUE. Decidle cuantas os plazca, amigo don Quijote.

D. QUIJOTE (LLEVÁNDOSE APARTE Á SANCHO) Siempre te he tenido ¡oh Sancho! por socarrón y algo marrullero, pero de buen fondo y agradecido, y así confío en que me concederás la gracia que voy á pedirte.

SANCHO. Hable vuesa merced, que como no toque al alma, concedida está.

D. QUIJOTE ¿Te acuerdas Sancho de aquella memorable noche del bosque?

SANCHO. ¡Vaya si me acuerdo! Y sobre todo de aquel feo demonio con los cuernos tan largos.

D. QUIJOTE. ¿Y te acuerdas de Merlín?

SANCHO. ¿De Merlín?

D. QUIJOTE Sí, y de lo que dijo referente á la manera de cómo se ha de desencantar mi señora Dulcinea.

SANCHO. Eso... no recuerdo.

D. QUIJOTE ¡Oh, Sancho, mala memoria tienes, pues olvidas lo principal y lo que particularmente te concierne! Pues bien, has de saber que Merlín dijo que el único remedio que la ciencia había encontrado hasta ahora para que Dulcinea volviese á su pristino estado, es el que tú te des

tres mil y trescientos azotes en ambas tus posaderas.

SANCHO. ¡Ya apareció aquello!

D. QUIJOTE Y así, amigo Sancho, yo desearía que terminásemos este asunto cuanto antes.

SANCHO. Pero, señor mío, ¿le parece á vuesa merced que estará bien visto que se azote todo un gobernador como si fuera un niño de la escuela?

Luego que con los mil asuntos que mi nuevo cargo ha de traer consigo, no me dejará tiempo para ello.

D. QUIJOTE Más hace el que quiere que el que puede; y así, por si tú no tuvie ras tiempo para ello, podríamos darle el encargo de que te vapulee á ese tu mayordomo que está presente.

SANCHO. Ni el mayordomo ni alma alguna viviente permitiré yo que me vapulee.

¡Buena está! Yo me azotaré con mis propias manos, cómo y cuando pueda, ya que en esto parece consistir el desencanto de Dulcinea; y no hay más que hablar, que el asunto hiede.

D. QUIJOTE (ABRAZANDO Á SANCHO) ¡Dios premie tus buenos propósitos y el bien que me haces, caro amigo!

SANCHO. (Á LOS DUQUES) Queden con Dios vuesas grandezas, y manden á su talante á este agradecido y fiel criado.

DUQUE. Que Dios os guíe, Sancho.

DUQUESA. Y que escribais en llegando.

(Monta Sancho en el rucio)

SANCHO. Hasta la vista, mis señores.

D. QUIJOTE ¡Adios, mi fiel compañero!

(Marchan Sancho, el mayordomo y el capitán.)

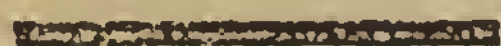
TELÓN



ACTO SEGUNDO



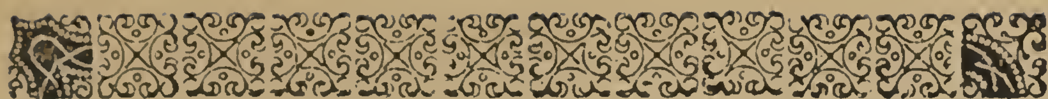
LUGAR DE LA ESCENA: Salón-comedor en el castillo de Barataria.



En medio, una gran mesa con rico y abundante servicio, floreros, &. y alrededor varios escabeles. En la cabecera, un alto sitial con almohadón de raso ó terciopelo.
Figuras ó trofeos de caza en la pared.
Puerta grande al fondo, y varias laterales, pequeñas; al frente, una ventana.

NOTA

El encargado de representar el papel de CRONISTA, habrá de tener presente que su trabajo se circunscribe á ir siempre detras del gobernador, escribiendo constantemente en el libro que llevará en la mano, no tomando parte en el diálogo hasta el final, en la escena IX. viene á ser esta una «figura simbólica», como se dice hoy.



ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR, MAESTRESALA; DESPUÉS, SECRETARIO.

MAESTRES. Ya tarda ese Sancho Panza.

DOCTOR Arnoldo, que se adelantó á la comitiva, ha dicho que se lo dejó hace una hora á la entrada del lugar.

MAESTRES. ¿En qué podrá consistir esa tardanza?

DOCTOR. Ahí fuera esperaban al gobernador algunos hombres, para que dirimiera unos pleitos pendientes entre ellos, y sín duda en esto empleó el tiempo.

MAESTRES. Y, decidme, amigo Lamparilla, ¿aprendísteis bien vuestro papel en esta comedia ideada por el duque?

DOCTOR. Mi papel, que es el de médico, está reducido á velar por la salud del gobernador, y sujetándole á dieta rigurosa, no sobrevendrá indigestión ni enfermedad alguna; porque como ha dicho cierto preceptista, que sinó recuerdo mal fué Nerón: «Causam quitollis».

MAESTRES. «Peccata mundi.»

VAR. VOCES. (DESDE FUERA) ¡Viva el gobernador Sancho Panza!

(Aparece el secretario por la puerta del foro.)

MAESTRES. (AL SECRETARIO) Y bien, ¿que nos dices, amigo Roque?

SECRETAR. ¿Eh? ¿Qué es eso? Yo no soy Roque, señor Maestresala, sino el secretario del grande y esclarecido Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, que acaba de llegar á sus estados.

VÁ. VOCES. (FUERA) ¡Viva el gobernador!

(Aparecen por el foro: Sancho, el mayordomo, el capitán y el cronista, éste escribiendo en su libro.

ESCENA SEGUNDA

SANCHO, SECRETARIO, MAYORDOMO, MAESTRESALA, DOCTOR, CAPITÁN, Y CRONISTA.

MAYORD. (Á SANCHO) Señor gobernador, ya llegamos al término de nuestro viaje.

VÁ. VOCES. (F.) ¡Viva el gobernador Sancho Panza!

OT. VOCES. ¡Viva... á!

SANCHO. (AL CAPITÁN) Creo yo que esas gentes terminarán roncas y rendidas. Vaya vuesa merced señor capitán y dígales que pueden retirarse.

(El capitán hace una reverencia y se retira.

MAYORD. (Á SANCHO) Es costumbre, señor, en esta ínsula, recibir á los gobernadores con palmas y vítores.

SECRETAR. Y despedirlos con cencerros y cañas.

SANCHO. Viene entonces aquí de molde aquel refrán que dice que «al que va de paso, cañazo,» y aquel otro de que «al caido, darle en los nudillos,» «y bueno es saber para prever»

(El mayordomo presenta un sitial á Sancho, y éste toma asiento).

MAESTRES. (*Hincando una rodilla en tierra y besándole la mano á Sancho)*, ¡Que el cielo os proteja, señor!

SANCHO. Levantaos ¿Quién sois?

MAESTRES. Uñas-largas me llaman, y ejerzo el cargo de maestresala y proveedor en el palacio de vuesa señoría.

SANCHO Mal se avienen esos dos nombres, y así, infiero, que ó habrá vuesa

merced de cortarse las uñas ó habrá de suprimír lo de maestresala y proveedor.

MAESTRES. Sin duda, en esto se referirá vuesa señoría á otros paises, que aquí, en esta bendita ínsula de Barataria, para ser buen proveedor ó buen administrador es condición precisa tener las uñas largas, muy largas.

DOCTOR. (INCLINÁNDOSE ANTE SANCHO). Señor ¡permitan los hados que el gobierno de vuesa señoría sea tan próspero como dilatado! Aunque ya de esto último yo me encargo para que así suceda.

SANCHO. ¿Y quién sois vos, señor mío, que de ese modo disponeis de la vida?

DOCTOR. Me llamo Pedro Recio de Agüero, y soy doctor en medicina.

SANCHO. Muy bien, señor del Agüero; pero falta ahora aclarar, si esa vida que vuesa merced dice que dilata, es esta presente ó la futura, porque todo pudiera ser. Mas dejemos esto, y dígame: ¿quién es ese (SEÑALANDO AL CRONISTA) que parece estar atacado de epilepsia y que me sigue á todas partes como si fuera una cola que llevara yo pegada?

DOCTOR Ese, señor, es el cronista, cargo tan importante como honorable en toda república bien organizada, el cual ha de escribir cuantas acciones ejecute y cuantos pensamientos medite vuesa señoría, para que ellos sirvan de ejemplo y enseñanza á las futuras generaciones.

SANCHO. Mi señor, don Quijote de la Mancha, que aparte de ciertos resabios, es sujeto tan instruido como de claro entendimiento, dice que la escritura no es otra cosa que la palabra puesta en signos, y como ya otro refrán afirma que «el que mucho habla, mucho ierra»; yo vengo á deducir de aquí, que ése, que tanto le dá á la pluma, más debe escribir errores y vaciedades, que cosas ciertas y provechosas.

MAYORD. (ACERCÁNDOSE Á SANCHO) Ese es el cuarto tocador, en donde habrá pajes que sirvan á vuesa señoría.

SANCHO. Vamos.

(Desaparece Sancho por una de las puertas de la izquierda, colándose el cronista detrás; por la otra puerta vanse el doctor y el maestresala).

ESCENA TERCERA

MAYORDOMO,SECRETARIO

MAYORD. Decidme, amigo Roque, ¿qué os parece el tal Sancho?

SECRETAR. ¿Quién podría saberlo? Yo he pensado si aquí los burlados no seremos nosotros, en vez de serlo Sancho.

MAYORD. ¿Estabais presente cuando ha poco, á la entrada del lugar, sentenció un pleito que le propusieron?

SECRETAR. No, que yo me adelanté á los demás. Pero contad, Anselmo.

MAYORD Habéis de saber, amigo Roque que á la entrada del lugar se acercaron á Sancho dos hombres, pidiéndole que dirimiera un pleito pendiente entre ellos.

SECRETAR. Esos hombres deberían ser Íñigo el sastre y Juan Miñarro, mi compadre, que están al tanto de la comedia.

MAYORD. Vereis cómo Sancho resolvió el pleito.

SECRETAR. Presumo que el caso ha de ser gracioso. (SIÉNTANSE).

MAYORD. Como os he dicho, presentáronse dos hombres ancianos: el uno traía una cañaheja por báculo,y el sin bá-

culo dijo. Señor gobernador; á este buen hombre le presté dias ha diez escudos de oro, con la condición de que me volviese cuando se los pidiese, y ahora que se los he reclamado dice que ya me los devolvió, no siendo esto verdad; y yo querría que vuesa merced le tomara juramento, y si jurase que me los ha devuelto, yo se los perdono para aquí y delante de Dios.

SECRETAR. Ese viejo que reclamaba sería Juan Miñarro.

MAYORD. Entonces, Sancho ordenó al otro viejo que jurase como pedía el acreedor; y aquél, dando el báculo al segundo, mientras él hacía la señal de la cruz, juró que en efecto le había prestado el otro los diez escudos, pero que se los devolvió. Y así, el gobernador dió poı terminado el pleito; y el primer viejo, volviendo á tomar el báculo de manos del segundo se retiraron los dos.

SECRETAR. Nada de particular hallo yo aquí.

MAYORD. Esperad. Cuando los dos viejos se salieron de la estancia, Sancho inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano dere-

cha sobre las narices, estuvo como pensando un pequeño espacio, y luego, levantándose, mandó llamar á los dos ancianos.

(*Pausa. Entran por la derecha dos pajes, con platos y otros servicios, que dejan sobre la mesa.*

SECRETAR. Proseguid, Anselmo ¿Y con qué objeto volvió á llamar Sancho á los dos viejos?

MAYORD. Como llegaron los dos viejos delante del gobernador, este ordenó al deudor que jurase de nuevo, lo que efectuó, dándole antes al otro el báculo, y en aquel momento Sancho mandó que se retirasen uno y otro.

(*El mayordomo se pone á escuchar, y se acerca á la puerta por donde entró Sancho, volviendo después á sentarse*).

MAYORD. Es Sancho Panza que riñe con el cronista.

SECRETAR. Proseguid contando, amigo Anselmo.

MAYORD. Al marcharse los dos viejos, y al devolver el acreedor el báculo al deudor, Sancho dijo á aquél que no hiciera tal cosa, sino que se quedara

con el báculo, que de este modo resultaba pagado.

SECRETAR. ¡Vaya un modo de saldar la cuenta! ¿Pues que podría valer el báculo?

MAYORD. Bien poca cosa; pero vais á ver como Sancho hizo saldar la cuenta.

Mandó que allí delante de todos se rompiese la caña, y entonces se vió que en su interior había diez escudos de oro

SECRETAR ¡Lance original, por cierto!

(Vuelven à entrar por la derecha los dos pajes con bandejas que colocan sobre la mesa).

MAYORD. (*Acercàndose à los pajes y ayudàndoles á colocar platos y botellas.*) Esto, aquí; los vasos, allí.

(Vánse los pajes, derecha.)

SECRETAR. ¿Y cómo Sancho llegó á saber que allí estaban los díez escudos?

MAYORD. Dijo Sancho que él había colegido que estaban los diez escudos dentro de la cañaheja, de haber visto al viejo que juraba darle á su contrario el báculo, en tanto que hacía el juramento, y que en acabando de jurar le había vuelto á pedir la cañaheja.

(Por la puerta lateral izquierda aparecen el doctor y el maestresala.)

ESCENA CUARTA

MAYORDOMO, SECRETARIO, DOCTOR, MAESTRESALA; DESPUES, SANCHO Y EL CRONISTA!

MAESTRES. *(Después de inspeccionar la mesa)* ¿Y el señor gobernador?

SECRETAR. En el tocador, señor maestresala. *(Aparece por la izquierda Sancho, seguido del cronista. Aquél irá vestido con ropilla negra, zapatos, herreruelo y espada al cinto)*

MAESTRES. (Á SANCHO.) Señor, la mesa está servida

MAYORD. (ACERCÁNDOSE A SANCHO Y QUITÁNDOLE LA ESPADA) Permítame vuesa señoría me haga cargo de la espada en tanto que estais en la mesa.

SANCHO. ¡Pardiez que me vendrá bien,pues ya pesa! Pero, dígame, señor mayordomo (SEÑALANDO AL CRONISTA, QUE ESTARÁ ESCRIBIENDO EN SU LIBRO) ¿no podría vuesa merced encargarse también de ese moscón? Y digo esto, porque va siempre tan pegado á mí que temo no caiga ahora en la sopa.

MAYORD. Los estatutos de la ínsula previe-

nen que el cronista no se ha de separar jamás del gobernador.

SANCHO. Pues si no hay más remedio que el gobernador lleve rabo, sea,que «todos los oficios tienen sus quiebras»; y no es chica carga esta de tener que llevar siempre el acólito detrás, sin permitirle á uno respirar libremente. Y vamos á la mesa que las tripas suenan, y no por el vapor de las viandas, sino por el viento de que están llenas

(Sancho se dirige á la mesa, y dos pajes se adelantan á darle aguamanos, que aquél toma con mucha gravedad)

(A una señal del mayordomo, entran por la derecha cuatro ó cinco músicos con pitos y violines, y principian á tocar.)

(El maestresala pone á Sancho un babador, sentándose al fin éste en el alto sitial de la cabecera; colocándose el doctor y el maestresala, de pié, à uno y otro lado del gobernador, y los demás, ó sean el secretario, el mayordomo y los pajes que sirven y hacen guardia de honor, alrededor, también de pie. El cronista se pondrá detrás de Sancho.)

SANCHO (*Cogiendo un cuchillo y acercàndose*

un plato). ¡Buen olor despide este frito!

(*Sancho vá á meter el cuchillo en un trozo de carne frita, pero en el mismo momento, el doctor toca con su varilla el plato, y el maestresala lo retira con presteza. A una señal del mayordomo, los músicos cesan de tocar y se retiran por la derecha.*)

SANCHO. (*Encarándose con el maestresala*) ¿Qué significa?...

DOCTOR. Ese plato tiene mucha pimienta, y podría dañarle al señor gobernador; pues según dice cierto autor griego: «especiam malorum est.»

SANCHO. Pues comeré de ese alón de pavo.

(*Sancho vá á probar el alón; pero el doctor vuelve à tocar con su varilla el plato, y el maestresala lo retira.*)

SANCHO. Pero, vamos á ver, señores, esta comida ¿es entretenimiento de niños, ó se ha de comer como juego de cubiletes ó de Maesecoral?

DOCTOR. No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores.

Yo, señor, soy médico y estoy asalariado en esta ínsula para serlo

de los gobernadores de ella, y miro por su salud más que por la mía, y así mandé apartar esos dos platos por ser de manjares nocivos.

SANCHO. De esa manera, aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán daño alguno.

DOCTOR. Esas no comerá el señor gobernador en tanto yo tuviere vida.

SANCHO. ¿Y por qué?

DOCTOR Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y guía de la medicina, en un aforismo suyo dice: «Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima.» Quiere decir: toda hartazga es mala, pero la de perdices, malísima.

SANCHO. Entonces aquel platonazo que está más adelante vahando, y que parece olla podrida, si me sentará bién.

DOCTOR. «Absit», vaya lejos de nosotros tan fatal pensamiento; no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida, buena solo para canónigos y rectores de colegios, mas no para presentarla en las mesas de los gobernadores.

SANCHO. Pues vea el señor doctor de cuantos manjares hay en esta mesa, cual me hará más provecho, y déjeme comer, ¡qué por vida de gobernador, que me muero de hambre teniendo la mesa puesta!

DOCTOR Lo que el señor gobernador ha de comer ahora para conservar su salud, han de ser substancias sutiles, de fácil digestión, como un ciento de canutillos de suplicaciones y unas tajaditas muy pequeñas de carne de membrillo, que le asienten el estómago.

SANCHO. (*Levantándose y mirando de hito en hito al doctor.*) Habéis dicho que os llamais....

DOCTOR. El doctor Pedro Recio de Agüero, natural de Tirteafuera, entre Caracuel y Almodovar, graduado en Osuna

SANCHO. Pues, señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, entre Caracuel y Almodóvar, graduado en Osuna ¡quíteseme luego de delante, sinó, voto al sol, que tomo un garrote y no le dejo hueso sano!

MAYORD. ¡Señor!

SANCHO. (CON ACENTO COLÉRICO) Ya he dicho que se me vaya Pedro Recio, pues no es que mire por mi salud, sino que quiere acabar con ella, matándome de hambre, que es entre todas las enfermedades la peor conocida.

DOCTOR. Si tal es la resolución de vuesa señoría, de comer sin miramiento de cuanto le venga en gana, yo he de protestar como médico, y me retiro.

SANCHO. Pues váyase el señor doctor enhorabuena.

(Vase el doctor por el foro, á tiempo que á la parte de afuera se oye el toque de una trompeta).

MAYORD. (PONIÉNDOSE Á ESCUCHAR). Ese toque...

VA.VOCES. (F.) ¡Alto!... ¡Aquí!... ¡A las armas!..

MAYORD. ¿Qué ocurre allá, en la plaza? ¡Vamos, señor secretario!

(Vanse por el fondo el mayordomo y el secretario —Óyense toques de trompetas y tambores)

SANCHO. ¿Qué estruendo es ése?

MAESTRES. (ASOMÁNDOSE Á LA VENTANA). Toques de alarma son, señor gobernador.

Y la gente corre de acá para allá...

ESCENA QUINTA

SANCHO, MAESTRESALA, MAYORDOMO, CRONISTA.

MAYORD. (APARECIENDO POR EL FORO.) ¡Presto, señor gobernador, prepárese vuesa señoría!

SANCHO. ¿Qué es ello?

MAYORD. ¡Armese luego vuesa señoría, sino quiere perderse y que se pierda todo, pues han entrado enemigos en la ínsula y hay que socorrerla!

SANCHO ¡Qué me tengo de armar ni qué sé yo de socorros ni armas! Esto será bueno dejarlo para mi amo don Quijote, que en dos paletas lo despachará y pondrá en cobro.

MAESTRES. ¡Ah, señor gobernador, qué relente es ése? Armese, ármese luego, que aquí tenemos armas ofensivas é inofensivas, y sea nuestra guía en la lid.

SANCHO. Bueno, pues ármenme.

MAESTRES. Vamos, señor, á la armería.

(Vanse Sancho y el maestresala por la izquierda; detràs marchará el cronista.)

ESCENA SEXTA

MAYORDOMO, SECRETARIO, CAPITÁN.

SECRETAR. (APARECIENDO POR EL FORO). ¿En

qué vendrá á parar todo esto, amigo Anselmo?

VA.VOCES. (F.) ¡A las armas!

CAPITÁN. (APARECIENDO POR EL FORO.) ¿Y el señor gobernador?

MAYORD En la armería.

SECRETAR. Pero, señor capitán, ¿qué ocurre en la ínsula?

VA.VOCES. (F.) ¡Aquí!... ¡A las armas!

CAPITÁN ¿No ois, señor secretario?

SECRETAR. Mas, en fin, ¿qué?...

CAPITÁN Los enemigos que han entrado en la ínsula, llevándolo todo á sangre y fuego. ¿Dónde está el señor gobernador?

MAYORD. En la habitación contígua... Ahí.

CAPITÁN. (*Acercándose á la puerta que le señala el mayordomo, y dando en ella fuertes golpes*). ¡Señor, señor, dése prisa vuesa señoría, que el enemigo avanza hacia acá!

(*Abrese la puerta y aparece Sancho, llevando puesto un pavés delante y otro detrás; marchará con dificultad. Síguenle el maestresala y el cronista.*)

ESCENA SEPTIMA

SANCHO, MAYORDOMO, SECRETARIO, CAPITÁN, MAESTRESALA Y CRONISTA

SANCHO. ¿Qué me quiere vuesa merced, señor capitán?

CAPITÁN. ¡El enemigo que lo tenemos á las puertas del castillo! (ACERCÁNDOSE Á SANCHO Y EXAMINÁNDOLO). A ver, la armadura está muy holgada y pudiera caerse. Unas cuerdas ¡presto! (*El mayordomo alarga unos cordeles al capitán, y éste lía con ellos muy bien á Sancho, dejándole como emparedado y sin poder moverse.*)

SECRETAR. ¡Animo, señor gobernador!

MAYORD. ¡Valor y buena fortuna! (AL SECRETARIO.) Y nosotros á por las ar mas.

(*Vanse el secretario y el mayordomo por la derecha.*)

CAPITÁN. Ahora, señor, en esta mano la espada y en la otra la lanza.

(*Se oyen pasos precipitados y crujir de aceros en la parte de afuera.*)

UNA VOZ (F.) ¡Viva el intrépido y esforzado Sancho Panza!

OTRA VOZ ¡Muera el vil y traidor!

CAPITÁN Vamos, señor gobernador ¡lanza en ristre y á ellos!

(Vase corriendo el capitán, y Sancho, que trata de seguirle, cae al suelo, de donde no puede levantarse liado como estaba con los cordeles. En esto, presèntase un soldado enemigo y va á herir con la espada al gobernador.

SOLDADO (Á SANCHO) ¡Entrégate traidor infame!

SANCHO Mire, señor soldado que soy hombre pacífico, enemigo de pendencias, y que tengo allá en la Mancha mujer é hijos.

(Aparece por el foro el capitàn y se acerca al soldado enemigo, con el que se pone á reñir casi encima de Sancho.)

SANCHO. (AL SENTIR EL PRIMER PISOTÓN.) ¡Ay!

CAPITÁN. (Á SU ADVERSARIO.) ¡En guardia, perro, judío!

SANCHO ¡Ay de mi!

(El capitàn y el soldado van riñendo hasta desaparecer por la izquierda)

ESCENA OCTAVA

SANCHO, MAYORDOMO Y CRONISTA, ÉSTE ESCRIBIENDO EN SU LIBRO.

SANCHO. *(Probando á levantarse.)* ¡Favor!: ¿No hay quién socorra á este desventurado?

MAYORD. (*Apareciendo por el foro.*) Señor gobernador, ¿qué hace ahi vuesa grandeza?

SANCHO. ¿Qué ha de hacer esta grandeza sino el papel de sapo?

MAYORD. ¿Acaso está herido vuesa señoría?

SANCHO. Aun más que eso, que todo el cuerpo tengo magullado. Mas déme vuesa merced la mano y probaré á levantarme.

El mayordomo ayuda á Sancho á levantarse.)

SANCHO. ¡Ay!

ESCENA NOVENA

SANCHO, MAYORDOMO, CAPITÁN, SECRETAR, Y CRONISTA.

CAPITÁN. (*apareciendo por la izquierda.*) ¡Victoria, señor gobernador, que el enemigo huye anonadado ante el poderoso empuje de vuesa grandeza!

SECRETAR. (*apareciendo por el foro.*) ¡Victoria por el denodado y valiente Sancho Panza!

SANCHO. Antes quítenme estos cordeles que no me dejan valerme.

(El mayordomo quita los cordeles á Sancho,

SANCHO. Y ahora, señor secretario, tome vuesa merced papel y pluma que va á escribir.

(*El secretario toma asiento y se dispone á escribir.*)

SANCHO. (*Dictando al secretario.*) «Digo yo, Sancho Panza, que renuncio de ahora y para siempre, al gobierno de la ínsula Barataria, y al de todas las ínsulas habidas y por haber.»

CAPITÁN ¡Señor!

SANCHO. (AL SECRETARIO) Y deme vuesa merced la pluma para poner debajo la cruz.

MAYORD. Pensad, señor....

SANCHO. Dicho está, y dejénme ir por mi rucio y volver á mi antigua libertad. Yo no nací para gobernador, sinó para arar y cavar, y «cada uno en su oficio y zapatero á tus zapatos.»

CAPITÁN. Pero, señor, ¿ahora que hemos vencido á los enemigos, se marcha vuesa grandeza y nos deja desamparados?

SANCHO. Mejor me está á mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto á un médico

impertinente, y tener, siempre pegado al cuerpo ese moscardón en forma de cronista.

VAR. VOCES (F.) ¡Viva el gobernador!

MAYORD ¿Oye vuesa señoría? ¿No sería ingratitud abandonar á súbditos tan sumisos como leales?

SANCHO. No hay más que hablar; yo soy de Turquía, es decir terco, y como diga nones, nones han de ser.

MAYORD. Señor, vuesa voluntad es soberana; y ahora elija vuesa señoría quien deba acompañarle y lo que haya menester para el viaje.

SANCHO. El camino de aquí al castillo del duque es corto, así no quiero más que un poco de cebada para el rucio y medio queso y medio pan para mí. Y no hay que cansarse en acompañarme, pues quiero marchar con libertad, sin ataderos ni cortapisas. Con que queden vuesas mercedes con Dios.

(Sancho abraza á todos, menos al Cronista que estará algo apartado y se dirige hacia la puerta del foro.

SANCHO (VOLVIÉNDOSE AL CRONISTA QUE HA HECHO ADEMÁN DE SEGUIRLE). Señor acólito, ó señor rabo ¡ó cómo os llameis! quedaos aquí, que yo voy con mi

amo don Quijote de la Mancha el cual tiene ya su cronista que vale él solo por todos los demás juntos; y es aquel á quien suelen llamar «El Manco de Lepanto.

CRONISTA (*Descubriéndose, cerrando el libro, y haciendo una reverencia.*) ¡El Príncipe de los ingenios, el gran Cervantes!

TELÓN.

NOTAS

Se han hecho relativamente cortos los actos de esta comedia, por si se cree conveniente que termine la misma con un cuadro representando la apoteosis de Cervantes ó coronación de su busto por los personajes de la obra; en cuyo acto intervienen principalmente las artes de la pintura y de la indumentaria, y si se quiere, también la música y el canto, (marcha, himno etc.) Este final, durante las fiestas del «Centenario del Quijote».

—

Al hacer la designación de papeles en la página V, se olvidó añadir el de SOLDADO, que es un personaje secundario.

—

La precipitación con que se ha hecho la tirada de este libro, no ha permitido corregir detenidamente las pruebas, por cuyo motivo aparecen algunos defectos y erratas de poca importancia en la impresión.

—

Por equivocación se añadió una escena al acto primero, debe, pues, entenderse que las escenas VIII y IX no constituyen más que una sola.

Todos los ejemplares de esta edición irán rubricados y sellados.

